

Tomádoselo a pecho: conversaciones sobre la teta¹

Por Paula Martos Ardid² y Ester Massó Guijarro³

Madrid – Granada, diciembre 2014-abril 2015

PAULA. ¿Qué es para ti el lactivismo? ¿Puede la teta cambiar el mundo?

ESTER. El lactivismo es el activismo por la lactancia materna, literalmente. La construcción del neologismo es evidentemente táctica y estratégica, y me gusta cómo suena; politiza la lactancia, en el mejor sentido, dando cuenta de su elemento cultural, de deliberación, de intervención, de transformación, de agencia, de empoderamiento, de acción colectiva. En suma, me gusta, le veo potencia y capacidad de resonancia. En cuanto a la segunda pregunta, precisamente el lactivismo es el término inventado para resumir la creencia de que la teta puede cambiar el mundo. ¿Qué es “cambiar el mundo” y cómo se cambia? Yo entiendo “cambiar el mundo” como el resumen-eslogan de intentar caminar en la estela de lo que algunos (Carbonell y Sala⁴, Cyrulnik y Morin⁵...) llaman “proceso de humanización” (en este caso, incluiremos como más adelante veremos “mamiferación” o como se le quiera llamar), como un “más allá”, un *trascender* el proceso de hominización evolutiva a través del cual hemos llegado a ser el singular producto biocultural que somos.

El lactivismo es precisamente una invención cultural para favorecer una práctica biológica que, tras una reflexión de índole cultural, hemos llegado a considerar sumamente conveniente. Cambiar el mundo es caminar hacia un estado de cosas distinto donde cuente más la cooperación que la competencia, donde el cuidado sea un valor en alza, donde superemos ciertos dualismos perniciosos y ficticios (de hecho, cooperación versus competencia no deja de ser otro dualismo que acaso debiéramos también revisar); un estado de cosas donde la guerra y la violencia como vías de “resolución” de conflictos pierdan toda credibilidad, frente a una posible cultura de paz, y donde la educación emocional y en valores de cultura de paz sea preeminente frente a otro tipo de saberes eruditos.

A todo ello “la teta”, como metonimia de un conjunto de valores que comprenden la forma de criar a los menores humanos de un modo específico, está contribuyendo a cambiar el mundo. He dicho en alguna ocasión que el fenómeno contemporáneo del lactivismo es inédito: la teta se dio siempre, sí, incluso la lactancia prolongada, pero la puesta en valor y la politización que supone el lactivismo son inéditos; *vindicar* esta práctica, desligada además de las clásicas asunciones de lo que suponía lactar vinculado a la esfera doméstica y de otro tipo de tareas de mantenimiento de la vida (deslindado de lo político y lo productivo), es inédito. Vindicar la lactancia como esfera de estudio específico en tanto que *relación* entre dos o más personas, una relación que a medida que la criatura crece es menos sola y puramente biológica, y más psicológica, de complejidad humana. Todo ello es inédito. Dicho de otro modo, la cultura lactivista no ha tenido parangón en la historia.

Así, dando la teta se cambia el mundo como se cambia el mundo: cada día, a ratos, poquito a poco, a pequeña escala, a través de la interacción personal (con la mente y el cuerpo), porque la gran escala es solo una ficción necesaria, una proyección, una cartografía epistémica, una imaginación; lo que es real es el aquí y ahora, el cada día, el qué hacemos con cada una de nuestras horas. Si a través de la relación que supone la corporalidad lactante generamos individuos tratados con más amor, fisiológicamente respetados, que no aprenden la sumisión, encontramos personas que comprenderán la ciudadanía de otra manera (“ciudadanía”, lo llama Isabel Aler Gay⁶). Claro que hay muchos otros frentes, muchas otras maneras y necesidades. Pero ésta es una, y no menor.

P. No sé si a ti te ha pasado, pero en mi caso sólo a raíz de ser madre comencé a entender que la maternidad es un asunto muy gordo, una cuestión que nos da una clave reflexiva fundamental para entender el mundo y actuar políticamente en él. Me sorprende porque no he necesitado de la experiencia directa en otros asuntos para entender su transcendencia (la transcendencia de la muerte, de la guerra, de la enfermedad, por ejemplo). Y entonces una se pone a pensar y se da cuenta de lo silenciadísima que ha estado en la historia de la filosofía y la literatura esta enorme e intensa experiencia humana, tan ligada por lo demás a cuestiones que en la filosofía y en la literatura siempre han adquirido mucha importancia (¿quiénes somos? ¿de dónde venimos? ¿cuál es nuestro propósito en esta vida?). No tenemos referencias. Es de sobra conocido que durante las semanas posteriores al parto las mujeres somos de lágrima fácil. La ciencia heteronormativa ya ha explicado esto, como explica casi todo lo que tiene relación con el cuerpo de las mujeres: pura hormona, pura química. Pero lo que me sorprende es que la literatura no se haya hecho cargo de este momento vital ni le haya dado el significado que se le ha dado a la muerte o a la guerra. Supongo que a lo largo de la historia también los hombres se han visto dominados por las hormonas cuando han marchado a la guerra. Pero no he leído ninguna novela en la que se ninguneen las sensaciones que la guerra puede

despertar (el honor, el valor, el miedo, etc.), reduciéndolas a pura adrenalina. En las semanas posteriores a mi parto, a veces me veía fuertemente sacudida por una intensa emoción como de omnisciencia, una alucinación momentánea que de golpe y porrazo me hacía comprender el sentido de todas esas cuestiones metafísicas sobre la vida y su significado. Esa sensación duraba unos segundos y luego llegaban las lágrimas a borbotones. Supongo que verse de pronto arrojada a esta plena consciencia de la existencia humana es demasiado para una sola persona. No quiero decir que ésta sea una experiencia universal ligada al parto y al puerperio, pero estoy segura de que no soy la primera mujer que se ha sentido así. Sin embargo, suena tan raro esto que estoy diciendo. Y es que la maternidad es un tema tan femenino y nuestras mentes occidentales son tan masculinas, que no hay manera de encontrar referentes que nos ayuden a comprender todo lo que nos pasa. Hay un libro que me ha gustado mucho porque expresa algunas de estas carencias referenciales y trata en la medida de lo posible de salvarlas que es *Maternidad y Creación*, una recopilación de textos en los que se reflexiona sobre este difícil matrimonio entre la crianza y la creación de una obra con vocación pública⁷. Es curioso que ni siquiera el feminismo haya reivindicado de forma sistemática la maternidad como experiencia y como acción política y que no haya tratado de producir de manera consistente estos referentes que nos faltan. Esto es algo que me deja perpleja. La maternidad se ha visto sistemáticamente dentro del feminismo como algo que nos oprime. De ahí supongo que deriva ese rechazo pleno de un ala muy concreta del feminismo hacia la crianza respetuosa. ¿Qué opinas tú de esto?

E. Sólo puedo entender estas críticas como enraizadas en la comprensión, ya no solo patriarcal sino, muy especialmente, *adultocéntrica* del mundo; una comprensión que genera unos niveles de relativismo a menudo escandalosos con respecto al trato, la relación y la consideración para con criaturas. Intento aclararlo. Desde ese mismo feminismo (como desde tantos otros lugares) existe un potente discurso en contra, por ejemplo, de la violencia machista y a favor de los “buenos tratos”; habría, por ejemplo, un rechazo frontal (y de hecho sería políticamente incorrecto a nivel popular) de una expresión como la que sigue: “yo soy un marido borde [con mi mujer]”. Pues bien, esta misma expresión suscitó un coro de risas aprobadoras y cómplices en un grupo de académicas feministas, cuando una de ellas se declaró ufana como una “madre borde” para con su hijo pequeño (llegando a decir que si, a causa de dicha bordería, el niño después necesitaba un psicólogo, ella misma lo pagaría). Puede parecer jocoso, pero sería inadmisibles dicha jocosidad en un contexto análogo donde fuera, en efecto, una pareja masculina, un hombre, el que así hablara de su trato/relación con su compañera (incluido el comentario sobre pagarle el psicólogo) o con su hijo/a. Y sin embargo un menor es mucho más vulnerable que una mujer adulta, no es capaz seguramente de llamar a un teléfono de ayuda o de manejar un móvil o andar solo por la calle (ni mucho menos comprender una chanza de su madre de ese calibre).

Me he extendido en este ejemplo, una anécdota real que presencié, porque lo encuentro altamente significativo del preocupante relativismo con que cierto sector feminista reflexiona sobre conceptos como crianza con apego o, desde luego, la lactancia materna. Encuentro que se confunde falazmente el justo derecho y libre albedrío de cualquier mujer de optar cómo comportarse en el mundo (con su reproducción o con lo que sea), con la renuncia a ciertas prácticas que desde muchos lugares ya han sido estudiadas y aprobadas como de una mayor ética que otras, en suma.

Aterrizando en la lactancia, no se puede ser éticamente relativista sobre la lactancia y el biberón con leche de fórmula, por ejemplo, aludiendo solamente a razones feministas de autoafirmación de la mujer que, habiendo parido un bebé, "tiene derecho" a alimentarlo con fórmula o dejarlo en una institución 8 horas al día o dejarlo llorar en su cama (por supuesto, mujeres y hombres, pero estamos tratando de mujeres y de feminismos). No es relativo, no es lo mismo. Obviamente nadie puede obligar a una madre a dar el pecho, pero tampoco podemos caer en la complaciente afirmación (y creo que flaco favor nos haríamos como feministas con ello) de que todo es lo mismo y de que la individualidad de la madre está por encima de todo, ya que en ello estaríamos olvidando que en el proceso de haber re-producido un bebé no solo está la madre sino, muy especialmente, el bebé, el subalterno, el que no ha podido decidir y el que no tiene voz pública. Y lactar es una preferencia del bebé, una inmensa preferencia, probablemente la mayor, y muy ligada a su bienestar en muchos sentidos. *No es un destino natural para la mujer convertirse en madre, pero si una se convierte en madre, entonces es más ético hacerlo de una cierta manera que de otra (exactamente igual que sucede cuando se escoge ser padre)*. Y esto tiene que ver con los derechos humanos y con una sociedad humana con pretensiones éticas altas.

Pretender eludir la importancia ética de este bienestar por una (supuesta) afirmación feminista es discriminatorio para con el bebé, por un lado; por otro lado, sería tan relativo como por ejemplo defender que no pasa nada si se fuma durante el embarazo, aunque las ciencias de la salud han demostrado que ello es perjudicial para el feto (no amamantar, por cierto, es más perjudicial que fumar durante el embarazo). O, por aterrizar en un ejemplo que dolería más a este sector feminista, relativizar sobre lo anterior nos autorizaría moralmente para relativizar también sobre la conveniencia de los "buenos tratos" entre las parejas, por ejemplo, o de que las mujeres tengan derecho por la seguridad social a hacerse una citología anual, ya que aquellas mismas ciencias de la salud han probado que es conveniente la prevención al respecto.

Dicho de otro modo, a menudo cierta "ala" del feminismo, como tú dices, relativiza sobre la crianza "respetuosa", cuando no relativiza en absoluto sobre el trato respetuoso a las mujeres adultas por parte de sus maridos o de la sociedad o de lo que sea. Relativizan incluso los hallazgos por parte de muchas ciencias (psicología,

etnopediatría, fisiología, antropología...) al respecto de la inmensa conveniencia de este tipo de prácticas, entre otras por supuesto la lactancia materna; ponen en cuestión las conclusiones (contrastadas y publicadas en lugares de alto prestigio) que estas diversas ciencias han producido, tildándolas a menudo simplemente, y sin justificación, de "una opción cultural" frente a otras posibles, desde un supuesto relativismo cultural. Sin embargo, son estas mismas ciencias las que han producido saberes sobre cómo afecta psicológicamente a una mujer el acoso o el maltrato, o sobre cómo curar el cáncer de mama. Y esos hallazgos sí son aceptados por aquella "ala" del feminismo. Si tildamos de "simple opción" la crianza de una determinada manera, entonces tendríamos que relativizar la paz, el cuidado, los derechos humanos, los derechos animales, la ecología, la igual consideración de intereses... Y por supuesto el feminismo en sí mismo.

Pienso, en suma, que ese sector feminista está anclado todavía en la consideración de que la reproducción, con todo lo que implica, ha supuesto y supone alguna suerte de opresión, esclavitud, subalternidad, desempoderamiento o subordinación para las mujeres madres, y que dar la teta por ejemplo constituiría, en ese sentido, uno de las máximas ataduras, por cuanto implica de interacción, interdependencia entre cuerpos. Sin embargo, todo ello posee una lectura diferente, si no se asume, claro, una comprensión patriarcal de la reproducción humana, y si se opta por pelear por el estado de cosas contemporáneo donde carecemos de políticas públicas que realmente den cobertura a una crianza más apegada, a la lactancia prolongada, y a que todo ello se pueda realizar en un contexto sostenible económicamente.

Por ponerlo en palabras populares⁸: *hacerme más feminista no puede pasar por hacerme más adultocéntrica* o por olvidar, de modos incluso escandalosos, otros sujetos colectivos directamente relacionados con mi práctica feminista).

P. Dices que el bebé es el subalterno, que no tiene voz pública y que su inmensa preferencia es ser amamantado. Pero si el bebé no tiene voz ¿quién decide que esa es su inmensa preferencia? ¿Debe decidirlo la ciencia? Yo pienso que la voz del bebé, en lo bueno y en lo malo, debe suplirla su familia que son los únicos que tienen la experiencia directa de la crianza de ese bebé concreto. Discrepo profundamente de ese empeño en dar por buenos los resultados científicos sobre cómo debemos sentirnos y cómo debemos proceder las mujeres en determinados momentos. Pretender regular los comportamientos "buenos" y "malos" desde posiciones universalistas me preocupa. No es cuestión en mi opinión de relativismo, es cuestión de historia. Los seres humanos tenemos historia y esa no se puede abolir. ¿Es mejor la lactancia materna *siempre*? (al final ese siempre parece uno de los grandes debates). En condiciones ideales (que son al final las que pueden valorarse en un laboratorio), seguramente sí. Pero las condiciones de las mujeres occidentales con la historia particular del patriarcado occidental a sus espaldas no son siempre ideales.

E. Por supuesto que la lactancia materna no es *siempre* lo mejor, ni *siempre* es viable... y de ello se hacen eco los discursos lactivistas. Lo que se pretende es desactivar las situaciones estructurales e históricas que inhabilitan a las madres para amamantar y a su prole para ser amamantada. Si tras ello, y contando con información razonablemente suficiente, se escoge como opción autónoma no amamantar, ello debe ser respetado. Y ese respeto es expresado literalmente en los discursos lactivistas.

En cuanto a las "condiciones ideales" que mencionas, repara en que muchos lugares de la India o de África, donde las condiciones distan de ser ideales en ese sentido, las mujeres dan lactancia prolongada.

P. ¡Claro! Pero es que las condiciones "ideales" para una lactancia prolongada no parecen haberse encontrado históricamente en sociedades altamente industrializadas y desarrolladas. Estuve revisando un informe de Save the Children⁹ del año 2012 que se centraba en la nutrición de los bebés durante sus primeros 1.000 días y encontré algunas estadísticas reveladoras sobre la incidencia de la lactancia en el mundo. Es significativo que, según este informe, en numerosos países occidentales (incluida Noruega, que ostenta siempre los mejores datos sobre maternidad, crianza y lactancia) no se alcance la cifra del 15% de los bebés alimentados exclusivamente con lactancia materna hasta los seis meses. "Incluso en los «mejores» países del mundo industrializado", señala el informe utilizando datos de la OMS, "las tasas de lactancia exclusiva se sitúan muy por debajo del 50%". Por cierto, que el informe señala también la existencia en los países desarrollados de significativas diferencias de clase y raza. En cambio, en los países en desarrollo, las cifras fluctúan mucho más, yendo desde el 85% de bebés amamantados sólo con leche materna a los seis meses de edad de Ruanda, hasta el 1% en Djibuoti. Pero llama la atención sobre todo las diferencias a la hora de prolongar la lactancia (aun combinada con otros alimentos) entre los países desarrollados y aquellos que se encuentran en desarrollo, existiendo altos porcentajes de bebés menores de un año amamantados en los segundos y, en general, bajísimos en los primeros (con algunas excepciones como Noruega o Suecia).

En cualquier caso, si asumimos que ha existido y existe el patriarcado y el machismo como sistemas de violencia y dominación ¿no deberíamos asumir también que ese sistema ha producido sujetos dominados, víctimas de esas violencias con problemas para escapar a la alienación que impone el sistema?

E. ¡Por supuesto! Pero, como decía Sartre, eres lo que tú puedes hacer con lo que te han hecho.

P. Personalmente los estudios contra la leche de fórmula me tocan las narices.

E. ¿Por qué? ¿Te tocan las narices los estudios, que siguen las mismas metodologías epidemiológicas, sobre las vacunas o sobre la incidencia de ciertos cánceres en relación a equis sustancias o...? Y concretamente los de leche de fórmula son los que han contribuido a revalorizar y otorgar el valor que realmente tiene a la leche humana. Podrán tener sus sesgos, pero ¿crees que realmente tantos estudios durante tantas décadas y realizados desde tantos organismos diferentes, incluidos algunos tan científicamente relevantes como el Instituto Karolinska¹⁰ de Estocolmo, pueden equivocarse, o más aún, pueden tener intereses espurios detrás, para sus conclusiones? Más bien sería al contrario: desde una perspectiva "conspiranoica", la leche de fórmula conviene mucho más al capital y al sistema farmacéutico.

P. No digo que se equivoquen, pero me da la sensación de que se han sobredimensionado algunos de los efectos para la salud que puede conllevar este producto. El resultado de ello ha sido una demonización sistemática de la leche de fórmula que a mí personalmente me parece excesiva y sin parangón con la importancia que se le otorga a otras conductas de alimentación y vida. Cabría recordar que la salud es un agregado de hábitos, comportamientos, modos de vida y genes tan complejo que sencillamente no tiene sentido valorar la incidencia de un solo elemento de una manera tan drástica. Otra cosa son, a mi modo de ver, los estudios sobre la leche materna, algunos de ellos realmente apasionantes. Yo me asombro y me emociono con frecuencia al escuchar lo que algunos médicos consiguen lograr únicamente administrando leche materna a los lactantes. Pero me parece imposible valorar de forma universal el impacto negativo o positivo de la leche de fórmula en un niño, porque únicamente se valora lo que considera oportuno un estudio concreto. Más allá del hecho de que la ciencia está siempre y en todo momento *situada* y eso ya de por sí pone entre paréntesis casi cualquier planteamiento científico y sus consecuentes resultados (los interesantes trabajos de Donna Haraway¹¹, Anne Fausto-Sterling¹² y Thomas Laquer¹³, por ejemplo, arrojan bastante luz sobre las consecuencias de esta *situación* de la ciencia) o más allá de que el concepto de *salud* sea permeable, o de tantas otras cosas, es que sencillamente no entiendo cómo se puede valorar lo que es *mejor* o lo que es *peor* para alguien desde una perspectiva universalista.

E. Comparto plenamente que la ciencia es situada, pero con todos sus "peros", en muchas cosas funciona: se curan los cánceres, se opera a corazón abierto, se corrige la miopía... Comparto contigo que es muy difícil decir que sea "mejor" o "peor" para el bebé amamantar o no en términos absolutos a la luz de la ciencia, pero lo que yo

veo es que *no es eso* lo que dice la ciencia. Lo que se afirma son cosas mucho más concretas (menos o más defensas, menos o más cáncer de mamá u ovario, menos o más depresiones posparto, más o menos diabetes tipo 2), de las que luego nuestra reflexión puede sacar ciertas conclusiones de índole más social. Pero las lactivistas son las primeras y las que con más pleno conocimiento de causa llegan a afirmar que puede ser mejor para ciertos casos, madres y niños dar biberón. Y por supuesto no es ninguna tragedia. Yo he escuchado decir, literalmente, a una activista por la lactancia materna cosas como "a mí tercer hijo [que nació con problemas] fue al único que no pude amamantar, lo críe a biberón y, en cierto modo, es a quien amé con más ternura".

P. Por supuesto que la ciencia "funciona". Pero el problema para mí es cuando la ciencia trata de prescribir comportamientos a los seres humanos por considerarlos científicamente mejores. La medicina, como bien ha explicado Michel Foucault¹⁴, es una de las instituciones que más ha contribuido al disciplinamiento del cuerpo para convertirlo en un cuerpo útil y funcional dentro de los marcos de producción del capitalismo. Y precisamente el cuerpo reproductivo se ha situado en el centro del diseño biopolítico. Así que no te puedes imaginar cómo se me ponen los pelos de punta al pensar en un médico que se dedica a recetar modos de vida con carácter generalista. Porque aunque pudieran asociarse unos valores de salud universales a la leche de fórmula (cosa que personalmente me parece un ejercicio de abstracción tan enorme que para mí tiene poco valor), no puede decidirse objetivamente que ésta sea mejor para el desarrollo sociocultural, psicológico, emotivo o de cualquier otra índole de un niño concreto. Me parece mucho más interesante defender la lactancia sin apelar a la ciencia, desde otras perspectivas no tan manipulables. Para empezar, como forma de empoderamiento, pero desde el respeto y la comprensión hacia aquellas mujeres que no se sienten con fuerza para emprender este camino, y para seguir, sobre todo, como experiencia poderosa y vital. Como experiencia vital también puede defenderse el embarazo o la maternidad (o la lectura o la costura o saltar a la comba), sin necesidad de que ello resulte prescriptivo.

E. Sí, coincido plenamente, dar pecho no es solo dar pecho, o biberón, hay tantos factores, tantas variables, que es imposible establecer por qué las cosas acaban siendo como son, o si habrían sido mejor de un modo u otro (aunque ello es aplicable a todo: cierta dieta, si fumar o beber o no, si vivir en el campo o no, etc.). Para mí, mi propia experiencia familiar es un ejemplo de todo lo que estás diciendo: nada es blanco o negro. Se puede hacer una crianza maravillosa, con mucho apego, sin dar el pecho. O al revés. Pero todo ello no quita que dar el pecho *ayude* mucho, y que si se hace *queriendo* sea una experiencia corporal, carnal, emocional, de relación con la propia criatura, etc., sumamente interesante y deseable. O al menos lo es así

para un sector y, del mismo modo que hay tantas otras reclamaciones de diversidad y de derechos, de deseos políticos, ésta es una.

P. Tampoco me parece equiparable desde un punto de vista ético la decisión entre amamantar/dar el biberón y decisiones como pegar/no pegar, dejar llorar/atender rápido, etc. Incluso aunque se aceptara lo que se ha dicho desde las instancias científicas de que la leche materna es mejor, no es equiparable. Una cosa es tomar una decisión aún a sabiendas de que podría no ser la mejor para tus hijos y acarrearles problemas en un futuro (darles biberón en vez de teta, vivir en una ciudad en lugar de en medio del campo, darles de comer caramelos, etc.) y otra cosa es directamente hacer sufrir a un niño (o a una persona, pero a un niño más). Hoy. Ahora. En este lugar. Un sufrimiento que se ve con nuestros propios ojos. En fin, las hipotéticas consecuencias remotas (muchas hipotetizadas a gran escala desde la ciencia, con lo cual con frecuencia es necesario realizar un auténtico acto de fe) de acciones realizadas con buena fe (a veces incluso prescritas por las propias instituciones científicas que previenen sobre esas hipotéticas consecuencias, con lo cual la bipolaridad que imprimen en el carácter de los sujetos sometidos a estas contradicciones es total) no son en absoluto comparables a la agresión en tiempo real, a la violencia explícita, al sufrimiento visible de un niño, de nuestro hijo.

E. Sí, estoy totalmente de acuerdo. No es lo mismo. De hecho, ese tipo de diferencias cruciales son las que generan, a gran escala, leyes y actos de distinto tipo. Como te decía: hay leyes contra el hecho de que podamos pegarnos unos a otros, pero no hay una ley que prescriba la obligación de que un cónyuge abrace cada día a su pareja. Hay leyes contra que podamos golpear a un menor (aunque de hecho como ya sabes esa ley se incumple muchísimo, pero eso es otra cuestión), pero no puede haber leyes que obliguen a abrazarlos (por desgracia, tampoco leyes que prohíban el método Estivill, aunque constituya para un menor una forma de tortura similar a la privación sensorial en Guantánamo; pero claro, esto "suena exagerado", porque somos adultocéntricos). Y lo mismo con el pecho: claro que sería absurdo e improcedente una ley para obligar a dar el pecho. Lo que sí podemos hacer es, como de hecho se hace, generar movimientos que intenten transformar el estado de cosas de un modo determinado: leyes de permisos parentales remunerados y con guarda de empleo y puesto, formas de vivir, sentir y crecer donde dar el pecho sea algo hermoso y deseable, una experiencia corporal y emocional (que, encima de todo, ¡es saludable!) que es genial no perderse, etc.

Con todo, me permito otra reflexión de corte más antropológica. Cuando dices que no es lo mismo lo primero que la visión de un sufrimiento en tiempo real, etc., coincido plenamente. Pero mi "corazoncito de antropóloga" no puede dejar de reparar en que incluso la visión del sufrimiento está culturalmente mediada y es tan

relativa, tan "situada". Y yo he hablado con muchas madres, estupendas mujeres, que han leído el libro de Estivill, realmente se han creído que aunque vean llorar a su hijo, que aunque lo oigan desgañitarse en la cuna y darse cabezazos con la pared, en realidad *no está sufriendo* (es más, les está "tomando el pelo"), y por tanto lo practican y son tan felices. No son psicópatas ni monstruos. Originalmente eran sensibles al llanto del bebé, pero razones culturales las han enseñado a percibir ese sufrimiento de otro modo, y simplemente ya no responden a él. Dicho de otro modo, incluso sobre lo que tal vez no podemos legislar, como puede ser prohibir dejar a un bebé llorar en un cuna, incluso sobre ello hay diferentes consideraciones, y podemos verlo de muchos modos.

P. Estoy de acuerdo. Las familias que ponen en práctica el método Ferber o Estivill no lo hacen tampoco con mala intención, ni son psicópatas que quieren hacer sufrir a sus hijos. La mayoría está movida por la simple necesidad de dormir, que me parece perfectamente legítima. Pero aún así, se da una experiencia real de sufrimiento del bebé que se manifiesta claramente a través del llanto y que produce estrés y por tanto sufrimiento también en la mayoría de los adultos y que es necesario subsumir racionalmente a base de justificaciones. Vuelvo a incidir aquí en que no se trata de valores científicos universales (no se trata de que los niños "estivillizados" vayan a desarrollar patologías psiquiátricas en el futuro). Se trata de experiencia, en este caso, de la experiencia real del sufrimiento de un bebé. La experiencia, como siempre, es para mí la clave del proceso. No me parece que se de esa experiencia de sufrimiento cuando se ofrece un biberón a un bebé, la verdad.

Pero del mismo modo que te digo esto, también te digo que no se puede generalizar como pretende cierto sector feminista (en la estela de Elisabeth Badinter¹⁵) en el sentido de que la lactancia nos esclaviza y el biberón nos libera. Antes de parir, aunque tenía ganas de vivir la experiencia del amamantamiento, pensaba que iba a ser una carga para mí. Y aunque es cansado y supone un desgaste en muchos sentidos, en realidad pienso que me está facilitando mucho la vida y la crianza (aparte de encontrar en ello otras satisfacciones emocionales). Pero ésta es la tónica dominante en este feminismo que está empeñado en liberarme muy a mi pesar (igual, me imagino, que trata de liberar a las mujeres que visten el hiyab).

Pero hay otro argumento ya clásico que conviene recordar en este punto y es que el apoyo a la lactancia materna ha estado ligado en algunos ámbitos a una defensa de la domesticidad de las mujeres que ha surgido en el centro de algunas ideologías ciertamente conservadoras. El ejemplo paradigmático es la creación de La Leche League, que fue fundada en 1956 en Estados Unidos por un grupo de mujeres católicas¹⁶. En su *Feminism, Breasts And Breast-Feeding*¹⁷, Pam Carter explica como

las políticas pro-lactancia materna han podido concebirse en algunos lugares como instrumentos de control social especialmente dirigidos para modelar los cuerpos de las madres negras, trabajadoras y de baja extracción social.

¿Es posible obviar la historia del discurso pro-lactancia? ¿Cuáles crees tú que serían las claves de una crianza respetuosa y feminista?

E. Con respecto a la Liga de la Leche, es cierto que no surge como una organización feminista por definición, sino en un entorno estadounidense católico y (en parte) conservador. Sin embargo, ello puede tener una lectura bien distinta (dejando a un lado la propia concepción de qué sea o no feminista, un campo siempre en contienda; remito por ejemplo a Ana de Miguel¹⁸ sobre la dialéctica de la teoría feminista): pensemos que en 1956 en Estados Unidos fue precisamente un grupo de madres católicas (aquellas famosas siete primeras madres del remoto Illinois) quienes fundan el movimiento, como defensa y afirmación –*ayuda mutua*– ante su autopercepción de vulnerabilidad en un contexto hegemónico donde la cultura del biberón estaba generalizándose (en madres y familias anglosajonas). La definición de la “misión” de esta particular Liga sigue siendo “ayudar a las madres de todo el mundo a amamantar mediante la ayuda, el apoyo, la información y la formación madre a madre, y en promover un mejor entendimiento de la lactancia como elemento importante en el sano desarrollo del niño y la madre”. Con la óptica epistemológica de un feminismo decolonial, esto constituye una afirmación profundamente feminista (Sales Gelabert¹⁹ habla, por ejemplo, de una política feminista democrática enraizada en el binomio ciudadanía-cuidados, o “ciudadanía” en el neologismo de Aler Gay): ayuda mutua, madre a madre, altruismo recíproco y lucha contra el adultocentrismo teniendo en cuenta los intereses de los más subalternos, a saber, los menores. En la misma historiografía del nombre, “La Leche League”, hallamos el germen del prejuicio y su contestación: en los EEUU de los años 50, la palabra “breast” (pecho) se consideraba poco apropiada para su publicación en revistas generalistas o familiares; frente a ello, las pioneras se inspiran en la capilla católica de Florida “Nuestra Señora de la Leche y el Buen Parto”. El uso del castellano, marginal y subalterno, frente al hegemónico inglés, constituye otro símbolo de la vindicación intrínsecamente combativa en este movimiento.

Con respecto a las claves para esa crianza respetuosa y feminista por la que inquieres, naturalmente no tengo varitas mágicas, y hay muchas otras autoras mucho más sabias que yo que seguramente lo expliquen mejor. Pero yo diría que, recordando por ejemplo lo que autores como Singer y Cavalieri²⁰ afirman en relación de los derechos de los animales (desde un utilitarismo de los intereses), se trataría simplemente de intentar una *interacción* entre progenitores y prole lo más ética y equitativa posible, esto es: donde se consideren los distintos intereses del modo más equitativo posible, donde el cuidado se pueda realizar con sosiego, *ternura*

(un concepto trabajado desde los estudios sobre la paz, también muy cuestionado por aquella "ala" del feminismo), tiempo detenido; preferiblemente por supuesto prácticas como lactancia prolongada y colecho ayudan con mucho a que todas las personas que estén conviviendo en la crianza compartan, por así decir, una misma "sintonía" u onda (aunque, nuevamente, esto no significa que yo *prescriba moralmente* el colecho o la lactancia prolongada).

¿Crianza "feminista"? "Feminismo" es una etiqueta que, personalmente, no sé si necesito poner a mi relación con mis hijos para sentirme más contenta conmigo misma. Aún doy el pecho a mi hija de 4 años, duermo con ellos, los he parido voluntariamente en casa como una forma de no perder mi poder personal en un entorno hospitalario; hice mi tesis y mi posdoc durante mis embarazos y lactancias, porque fue mi compañero quien pidió una excedencia por cuidado/guarda legal para poder estar con ellos y conmigo, y mientras yo daba teta y preparaba *papers*, él cocinaba, limpiaba y acunaba bebés, me acompañaba con ellos a los congresos para que yo pudiera amamantarles allí. No sé, ¿esto es feminista o qué es?

No siento una particular necesidad de ponerle la etiqueta de "feminista" a mi crianza, mientras que los acuerdos sean dialogados, que todas las personas involucradas estemos más o menos cómodas con la situación que vivimos. Y entiendo el respeto, el feminismo, la ética o como quieras llamarla, como una voluntad cotidiana de comprender a mis hijos y que ellos me comprendan, de crear una vida común donde tanto sus necesidades específicas de 4 y 7 años sean atendidas como las nuestras propias de adultos, aunque comprendiendo que ellos, por su mayor vulnerabilidad y su menor elenco de opciones y márgenes, por necesidad van a estar *antes* de mis necesidades menos básicas (es decir, si yo quiero irme al cine pero ellos necesitan que les cuide por la tarde, claramente eso es una prioridad; lo que no quiere decir que yo nunca vaya al cine).

P. Aunque no sientas la necesidad de utilizar la etiqueta feminista, me parece que la mayor parte de las elecciones que has tomado lo son plenamente.

E. Verás, cuando dije lo de la etiqueta, debo matizar ahora, como con tantas otras cosas. En realidad claro que me gusta que mi forma de criar pueda ser etiquetada como "feminista", pero del mismo modo que me gustaría que pudiera ser etiquetada como, no sé, acorde con derechos humanos básicos, o cariñosa, o respetuosa, y cuando digo "cariñosa", lo digo plenamente convencida de que es una preferencia social, de que me parece preferible el valor del cariño, tradicionalmente asociado (desde Rousseau) al "amor maternal", asumiéndolo como una construcción, pero una construcción altamente deseable, que intentamos extender como deseable no solo para madres sino para padres, abuelos, amigos, amantes, políticos... No sé si

me explico. En lugar de rechazar el "mito" del amor maternal, lo que intentamos es que se extienda a todo el mundo (revisado, despatriarcalizado...), porque es mucho mejor que el mito de la violencia incontenible o el hombre que no es cariñoso. O dicho de otro modo aún más distinto: me gusta poder llamar a mi crianza "feminista", pero porque, entre otras cosas, incluye que mi pareja hombre también puede ser llamado "feminista", en tanto que asimila y practica en primera persona los valores del cuidado, del cariño, de la ternura, etc. Es decir, no somos feministas Jose y yo porque yo haya continuado con mi contrato tras haber tenido un bebé (es decir, porque yo haya "imitado" un valor tradicionalmente masculino), sino porque él está imitando valores tradicionalmente femeninos como cuidar, atender, etc. Es una subversión diferente lo que hacemos y proponemos.

P. Estoy muy de acuerdo con eso, Ester. Quizás el énfasis debería ponerse en reivindicar una sociedad más "femenina", en lugar de la cada vez más masculinizada e hiperproductiva cultura en la que vivimos. Por favor, cuando digo "femenina" espero que no se entienda que existe una realidad objetivamente femenina, una "naturaleza femenina". Otra vez, como historiadora que soy, estoy hablando desde un punto de vista histórico. En cualquier caso, el trabajo de cuidados relacionados la maternidad debería reivindicar su valor público, su prestigio. Pienso que un feminismo como el de Silvia Federici²¹ podría ser la clave.

De todas formas, al igual que no creo que exista una naturaleza femenina, tampoco creo que exista una forma "natural" de crianza o de alimentación infantil. En mi opinión, lo "natural" es una abstracción, una categoría completamente vacía de significado y que lo único que realmente contiene es su prestigio social. En la medida en que lo "natural", se opone a lo "cultural", a lo "artificial", se trata además de un contrasentido: en tanto que concepto que se construye lingüística y culturalmente, se niega a sí mismo. Lo natural no existe. Soy de las que piensa que somos principalmente cultura, aunque eso no anule nuestra forma biológica (o no totalmente). Pero me preocupan los intentos de naturalización sobre todo porque los considero altamente manipulables: cualquier cosa que sea declarada "natural" o "más natural" adquiere prestigio y tiende a asociarse con lo "bueno", lo "mejor", lo "normal". No hay cosa para mi más rebuscada que el hecho de que la ciencia cultural de Occidente haya declarado que es lo "mejor" mediante una estrategia de aproximación al sustrato biológico más auténtico, más "puro", más "natural" del ser humano. En fin. Lo natural me preocupa. Me preocupa la función prescriptora de esta categoría. Me preocupa principalmente porque es muy maleable y porque históricamente se ha demostrado una categoría utilizada para la dominación, tanto como la de "normal".

Muchas de las prácticas asociadas con la reproducción y la crianza se califican sistemáticamente como "naturales". Una de ellas, por supuesto, es la lactancia

materna. Sin embargo, como señala Alison Bartlett²², yo opino que es necesario salir del círculo vicioso que comienza cuando alguien decide declarar la lactancia materna como "lo natural", una declaración que cierra toda posible discusión ulterior en la medida en que negarlo sería declarar la lactancia "antinatural", lo cual tampoco tendría ningún sentido. Me gustaría mucho conocer tu opinión sobre esta tendencia a naturalizar las prácticas de crianza.

E. Es cierto, soy consciente de ello, de que existe una importante corriente contemporánea (muy plural y heterogénea en sí misma, por otro lado), precisamente gran protagonista con el tema de "crianza con apego" y lactancia, que presenta un discurso que podríamos llamar "naturalizante", en la medida en que se afirma que "amamantar es lo natural" o que "somos mamíferos", etc. Ante ello, si bien por mi formación como antropóloga también desconfío a priori de todo discurso naturalizante, ya que el ser humano es eminentemente cultura, trato de comprender el fondo de lo que se pretende transmitir, en primer lugar, para tal vez después intentar proponer, si cupiera, una narrativa alternativa. Vaya por delante, además, que comparto la idea de que, muy probablemente, términos como "natural" o "instinto" carezcan de sentido o de utilidad, que confunden más que aclaran y que, acaso, debieran ser desactivados.

A menudo lo que encuentro es un intento de empoderar a las mujeres tras décadas de afirmación (y eso sí es patriarcal y machista) sobre que sus leches "no eran buenas", sobre que su pecho no bastaba ni valía para criar los hijos que habían producido sus cuerpos. Encuentro una especie de motivo táctico-político en ese discurso, tan fuertemente empoderador, de que "tú puedes, tus tetas pueden, tu leche es buena..."; y afirmar que es "lo natural" resulta, para mucha gente que no haya estudiado antropología o filosofía, un argumento potente. Es una forma de regresar al cuerpo, de darle poder al cuerpo por sí mismo (más allá de la entelequia), esto que da tanto miedo al feminismo clásico, en las propias palabras de Adrienne Rich²³.

Sin embargo, hay un elemento que sí comparto: en mi opinión, amamantar tras un parto sí es lo natural, lo natural en el mismo sentido en que podría afirmar que respirar es lo natural. ¿Estoy naturalizando al ser humano si afirmo que respirar es natural? Es natural en el sentido de que es *fisiológico*, de que, por cómo es fisiológicamente el cuerpo humano, funcionamos de esa manera. Y no podemos eludir o ignorar (flaco favor nos haríamos como mujeres) que los úteros de las mujeres se contraen mejor tras el parto si el bebé les succiona el pecho, lo que minimiza el riesgo de hemorragia; que los neonatos responden mejor al nuevo entorno si están en contacto con el cuerpo de su madre y mamando de sus pezones. ¿Afirmar esto es naturalizar? Bien, pues si eso es naturalizar, entonces naturalizo. (Aunque, insisto, tal vez sea más apropiado y menos confuso revisar los términos que usamos y, si "natural" da tantos problemas, como de hecho da, usar nomenclaturas alternativas.)

Autores, expertos obstetras como Michel Odent, tras décadas de atender partos respetados, expresan que, más que "humanizar el parto", hoy en día habría que "mamiferarlo". ¿Esto es naturalizar, o más bien es la expresión más elevada de *respeto cultural* a una madre humana que está pariendo a su hijo? Es la cultura la que nos ha conducido "de vuelta" al parto "mamífero". Se refiere con "mamiferar" a respetar elementos básicos de fisiología humana que hacen que un parto progrese bien y que una mujer se sienta satisfecha y saludable para con el mismo: prácticas como respetar la preferencia de la parturienta en las posturas, una luz mínima, un entorno silencioso, ningún tipo de intromisión (por ejemplo de tactos constantes por parte de estudiantes de medicina). ¿Eso es naturalizar? Pues que me naturalicen, porque no tengo ganas de que alguien que no conozco meta la mano en mi vagina mientras tengo una contracción para poder "aprender". Todo ello lo afirman Odent o Leboyer, aprobando también, por supuesto, la innegable bondad de la tecnología cuando es realmente necesaria (por ejemplo, Odent comenta lo positivo que resulta que exista un teléfono o un coche para poder pedir ayuda si en un parto domiciliario llegara a ser realmente problemático, lo que por cierto casi nunca sucede; ello por no hablar de las cesarías realmente necesarias, etc.).

Disculpa que haga un poco de chanza pero es que lo que encuentro, a fin de cuentas, a menudo, es un falso dilema entre la eterna disputa "naturaleza-cultura". Dicho de otro modo, no podemos discernir dónde está realmente la frontera entre ambas, ante ciertos fenómenos, y desde luego follar, parir y amamantar (perdona mi lenguaje) son ejemplos clave de todo ello. Amamantar es inmensamente cultural: los grupos de apoyo a crianza o el hecho de que muchas mujeres no puedan/quieran amamantar son prueba de ello; pero es también inmensamente natural, en la medida en que si no existen ciertos entorpecimientos culturales, y sí existen ciertos elementos culturales que lo propugnen, los cuerpos que paren están fisiológicamente preparados para amamantar, y las criaturas nacidas están fisiológicamente dispuestas para ser amamantadas. Y si ello no sucede, la alternativa no es en absoluto óptima, desde el punto de vista psicológico, físico, etc., y ello no puede ser ajeno al discurso (¿cultural?) de los derechos humanos y la ética. El ser humano nace con el cerebro muy prematuro, y la sustancia que fisiológicamente está mejor preparada (a una distancia cualitativa de la fórmula) para que se acabe de formar es la leche materna. ¿Eso es naturalizar? ¿No es la cultura la que nos ha permitido desarrollar estudios complejíssimos que han dado lugar a esta conclusión? Naturaleza y cultura son dos conceptos que nos hemos inventado pero que no resisten un intento de comprensión complejo.

Autores como Jorge Riechmann²⁴ hablan del concepto de "biomimesis" aplicándolo como lo que, "copiando" de la naturaleza (sin naturalizar), podríamos hacer bien los seres humanos en nuestras prácticas culturales. Amamantar una criatura es más todavía que biomimesis: es una capacidad, una potencialidad, una virtualidad tan fabulosa e interesante que lo que sorprende es que las mujeres-madre, a lo largo de la historia humana, no hayan podido desarrollar un discurso de crucial

empoderamiento y orgullo en torno a ello. Bueno, no sorprende tanto en la medida en que el mundo ha sido sobre todo patriarcal. Desde luego, solo entiendo la minusvaloración de la lactancia (incluso el rechazo de una madre a amamantar) en términos de asunción de los propios valores patriarcales, valores que no conceden la importancia que tiene a esa práctica y valores que, por otro lado, desde esa otra forma de dominación, pareja al machismo, que es el adultocentrismo, no conceden la importancia que tienen a las criaturas menores.

P. Es cierto que amamantar es un hecho fisiológico. Pero eso no lo convierte en natural, o mejor dicho, en "más natural". Lo mismo ocurre con otros actos fisiológicos como comer, dormir o cagar. También respirar es un hecho fisiológico, necesario para que se dé la vida. Pero no es más natural respirar que dejar de hacerlo. De hecho, cada día dejan de respirar millones de personas con la mayor "naturalidad" del mundo. En cambio, amamantar no es un acto fisiológico necesario para garantizar la vida de los bebés en ciertas culturas.

Por otro lado, si como tú dices, a las mujeres se les ha dicho tu leche es mala, tu cuerpo es malo, tu sexo es malo, no vales, no sirves, no puedes, si hemos crecido con este "trauma", si esta inseguridad ha dejado huella en nosotras, quizás algunas puedan revelarse contra todo esto y empoderarse, pero también habrá muchas mujeres que sencillamente no puedan: el dolor es demasiado hondo, la huella demasiado profunda. ¿Qué pasa cuándo dar el pecho se convierte en una tortura: cuando duele, cuando no se disfruta, cuando deprime? Eso pasa. Es así. Quizás nos pasa simplemente porque nuestros cuerpos están jodidos por el patriarcado, aunque fisiológicamente estén perfectamente capacitados para que el amamantamiento sea placentero. ¿Aquí está la historia (o la cultura) otra vez contra la naturaleza? No sé, pero supongo que por deformación profesional a mi me toca ponerme del lado de la historia.

¿Qué pasa con las mujeres que sienten que no pueden dar el pecho? Podemos tirarles un libro de anatomía a la cabeza diciéndole "¡Ignorante! ¡La ciencia ha hablado y dice que eso es imposible!", o podemos tratar de comprender que toda práctica se consolida también a partir de expectativas culturales y que no todas las personas son capaces de desvincularse de esas expectativas, por más irreales que puedan llegar a resultar. Por no hablar de la falta de información, apoyo, respaldo, etc. que ya es endémica en una sociedad como la nuestra. ¿Es mejor para éstas o las otras mujeres, para los hijos de éstas y las otras mujeres, ser amamantados? No tengo ni idea. Y la verdad, no me permito juzgarlo. Creo que eso debe juzgarse desde una instancia que no es científica, ni académica, sino íntima y experiencial.

E. Estoy totalmente de acuerdo contigo, Paula. Por lo que sea, por múltiples razones, hay mujeres que no amamantan (no pueden, no quieren voluntariamente, lo intentan y no pueden, por lo que sea). Pero mira, precisamente donde mayor respeto y mayor comprensión yo he encontrado para con esas mujeres es entre las asesoras y grupos de apoyo a lactancia, que, frente a la “mala fama” (creo que fruto del desconocimiento) que poseen en muchos círculos, expresan y manifiestan un *feroz respeto* a la autonomía y la decisión de la madre, incluso si esa pasa por no amamantar. He escuchado cómo asesoras de lactancia se rebelaban, por ejemplo, contra un padre que intentaba que convencieran a su mujer para amamantar, ya que ellas no están para convencer, o se rebelaban contra las prescripciones –esas sí– de los obstetras de viejo cuño en los hospitales, ya fueran para instigar a la fórmula, ya fuera para instigar a la lactancia materna sin respeto a la madre: *pero eso no lo hacen las asesoras de lactancia*, debo insistir. Es notorio, al respecto, cómo me han contado en las entrevistas que el método que ellas tienen para ayudar en una lactancia, siempre y cuando sea requerido, por ejemplo en los hospitales tras el parto, es “no intervencionista” y fomentando la autonomía de la madre, frente a los métodos del profesional del hospital: ellas por ejemplo intentan, salvo expreso deseo de la madre, tocar lo mínimo al bebé o no tocarlo, e intentan generar desde el principio lo más posible en la madre los conocimientos/prácticas precisos para que ella sola se sienta bien y con confianza en una toma. Ejemplo concreto: la matrona de turno (de viejo cuño) lo que hace es que mete el pezón en la boca del bebé y lo toquetea mientras la puérpera aguanta; la asesora de lactancia intenta dar una mínima indicación para que sean la madre y el bebé quienes, tranquilamente, puedan caminar a su ritmo al enganche, por ejemplo, recomendando el piel con piel, la tranquilidad, la intimidad, etc., acaso las diferentes posturas posibles, todo ello en función de los deseos expresados de la madre, de las situaciones, de las dificultades concretas o no, etc. Lo que sí hacen, por tanto, es intentar ayudar de todas las maneras a las mujeres que, *queriendo hacerlo, no pueden. Es un matiz crucial, un matiz diferencial absolutamente crucial.*

Habría muchos matices que desagregar en torno a esa gran “acusación” que suele hacerse al lactivismo de que insistir tanto en algo, genera culpabilidad en quien no puede hacerlo. En primer lugar, insisto: donde más matiz y autocrítica he encontrado sobre ello es en el lactivismo. En los congresos lactivistas uno de los temas centrales es el absoluto respeto a la decisión materna, así sea no amamantar, así sea destetar (o por ejemplo los sentimientos y experiencias de madres que han sido doblemente mastectomizadas y después tienen bebés). De hecho, el destete es un tema de estudio clave para nosotras (otro reconocimiento de la condición absolutamente *cultural* de la lactancia: hay tantas formas de amamantar, o no, como de destetar). Se insiste en la pluralidad de las lactancias, el nombre del anterior congreso FEDALMA fue “lactancia y diversidad”, y en que no se puede hablar en singular de la lactancia, siempre en plural: e incluso el no amamantamiento, por el motivo que sea. Dicho de otro modo, y en otra esfera de reflexión, en ningún momento se plantea la lactancia como una prescripción moral para las mujeres. Lo que se intenta es extender y defender algo en

lo que se cree, luchando para que se den las condiciones sociales de posibilidad para que pueda practicarse. Las activistas son las primeras defensoras de las madres, amamanten o no (por eso encuentro el movimiento tan intrínsecamente feminista, aunque a menudo no se declare explícitamente como tal). Ahora bien, todo ello es muy distinto de optar por NO DEFENDER o difundir una idea en la que se cree firmemente, por el hecho de que si hay personas que no puedan practicarla, vayan a sentirse culpables. Un ejemplo: es como si se afirma que los grupos animalistas no debieran promover el vegetarianismo para que las personas que deseen ser vegetarianas pero no lo consiguen (conozco muchas) no se sientan culpables o amenazadas. En la medida en que cualquier activismo social busca subvertir un orden de cosas, transformar categorías, siempre habrá simpatizantes y detractores, pero, sobre todo, entre los simpatizantes habrá "culpabilidad" en la medida en que no puedan ser capaces de practicar plenamente algo, por lo que sea, por su historia, por su situación. Y no por ello debemos intentar dejar de cambiar el mundo: eso sí, no legislando sobre todo, sino *convenciendo*.

Paula, tal vez unas palabras del recientemente fallecido Francisco Muñoz den la pista de cómo oriento yo todas estas cuestiones ligadas a lactancia, desde un paradigma que podríamos llamar "de la complejidad": "Pensar desde la complejidad nos obliga a ser humildes (como seres inacabados e imperfectos), ecológicos (con una relación ineludible con el entorno), animales (por compartir filogenia, evolución, instintos o emociones), holísticos (por el anclaje en la naturaleza y el universo) y cooperativos (por la dependencia intraespecífica de especie). Todo ello tiene, además, consecuencias en la manera de afrontar la investigación ya que no sólo condiciona las aproximaciones en los aspectos metodológicos, epistémicos, también en los modelos antropológicos y ontológicos, sino que estos estudios deben de ser necesariamente inter y transdisciplinarios." [Francisco Adolfo Muñoz Muñoz, Beatriz Molina Rueda (2009): *Una paz compleja, conflictiva e imperfecta*. En: *Primer Seminario de Investigadores para la Paz de Andalucía: Una paz compleja y conflictiva*, Granada (Granada, España): Universidad de Granada, 2007. Y Pax Orbis. Complejidad e imperfección de la paz. En: *Pax Orbis. Complejidad y conflictividad de la paz*, (Granada, España): Universidad de Granada, 2009, pp.15-53].

Notas

1. Una versión preliminar de esta conversación se publicó a modo de entrevista [<https://drive.google.com/viewerng/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbnpY29ub3Nzb2NpYWxlcn3NpbmNodXBldGV8Z3g6MmZjODQzMmVjNWlyYTg3ZQ>] ligada al post "Maternidad política (I): charla sobre lactivismo con Ester Massó" [<http://sinchupete.blogspot.com.es/2015/01/maternidad-politica-lactivismo.html>], en el blog "Sin chupete" [<http://sinchupete.blogspot.com.es/>], cuya autora es Paula Martos Ardid. Se mantiene aquí el tono personal y a ratos coloquial de la intervención, dado su carácter dialogado y divulgador.

2. Paula Martos Ardid, Universidad Complutense de Madrid y CSIC, paula.martos@cchs.csic.es
3. Ester Massó Guijarro, Universidad de Granada, ester@ugr.es
4. Carbonell, Eudald y Sala, Robert (2002): *Aún no somos humanos (Propuestas de humanización para el tercer milenio)*, Barcelona: Península Atayala. [Nota sobre referencias: al no ser este texto, en esencia, un artículo científico, se tratará de reducir al mínimo las referencias.]
5. Cyrulnik, Boris y Morin, Edgar (2005): *Diálogos sobre la naturaleza humana*, Barcelona: Paidós.
6. Aler Gay, Isabel (2006): "La transformación de la maternidad en la sociedad española 1975-2005. Otra visión sociológica", Documento de Trabajo, Junta de Andalucía, Fundación Centro de Estudios Andaluces.
7. Davey, Moyra (2007): *Maternidad y Creación: Lecturas Esenciales*, Barcelona: Alba Editorial.
8. Para argumentaciones más detalladas sobre todas las ideas que aquí reflejo, remito al artículo que publico en el monográfico de *Dilemata* de este número.
9. <http://www.savethechildren.ca/document.doc?id=195>
10. <http://ki.se/en/startpage>
11. Haraway, Donna (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.
12. Fausto-Sterling, Anne (2006): *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*, Barcelona: Medusina.
13. Laqueur, Thomas (1994): *La construcción del sexo: cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid: Cátedra.
14. Foucault, Michel (1987): *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. México: Siglo Veintiuno y Foucault, Michel (2009), *Historia de la sexualidad. Vol.1. La voluntad de saber*, Madrid: Siglo XXI de España).
15. Badinter, Elisabeth (2011). *La mujer y la madre*. Madrid: La Esfera de los Libros.
16. DeJager Ward, Jule (2000), *La Leche League: At the Crossroads of Medicine, Feminism, and Religion*, Chapel Hill: University of North Carolina Press Books.
17. Carter, Pam (1995). *Feminism, Breasts And Breast-Feeding*. Nueva York: St. Martin's Press.
18. Miguel Álvarez, Ana de (2014): "La dialéctica de la Teoría Feminista: lo que nos une, lo que nos separa, lo que nos hace avanzar", *Daimon*, 63: 191-204.
19. Sales Gelabert, Tomeu (2014): "Ciudadanía y Cuidados; apuntes para una política feminista democrática", *Daimon*, 63: 159-174.
20. Cavalieri, Paola y Singer, Peter (1998): *El proyecto "Gran Simio": la igualdad más allá de la humanidad*, Madrid: Trotta.
21. Federici, Silvia (2010): *Caliban y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid: Traficantes de Sueños.
22. Bartlett, Alison (2005): *Breastwork: Rethinking Breastfeeding*, Kensington (Australia): University of New South Wales Press.
23. Rich, Adrienne (2001): *Sangre, pan y poesía*, Barcelona: Icaria Antrazyt.
24. Riechmann, Jorge (2006): *Biomímesis. Ensayos sobre imitación de la naturaleza, ecosocialismo y autocontención*, Catarata, Madrid.